
Para una historia de la lectura

Henri-Jean Martin

Tomado de *Le débat. Histoire, politique, société*, núm. 22, París, Gallimard, 1982. Traducción de José Abel Ramos Soriano.

El texto escrito no surgió de ningún modo completamente acabado, como Platón nos lo relata, del cerebro de algún demiurgo. Tal como lo conocemos y lo practicamos, es el resultado de los esfuerzos desplegados en el curso de milenios por las sucesivas sociedades que lo utilizaban para así concretar su pensamiento visualizándolo. Pero también es el resultado de un largo aprendizaje gestual y psicológico en cuyo curso el diálogo del lector con el texto no cesó de evolucionar acompañado o animado por nuevas maneras de razonar, puestas ellas mismas en discusión sin cesar. ¿Se puede abonar el terreno de esta historia tan larga e incluso a veces tan mal conocida?

Los sistemas de escritura

Recordemos primero, rápidamente, en qué contexto nacieron y evolucionaron los sistemas de escritura. Por regla general, su aparición parece corresponder al desarrollo de sociedades donde la división del trabajo estaba estrictamente organizada y donde un poder centralizador, normalmente teocrático, se encontraba encaminado a administrar y a repartir los excedentes producidos a partir de terrenos particularmente ricos —por ejemplo en las márgenes de ríos generadores de aluviones. Los primeros signos de escritura encontrados en el Medio Oriente parecen haber sido trazados en un medio semejante, en Mesopotamia, sobre tablas de arcilla, con fines de contabilidad. El paso del pictograma al ideograma sólo puede operarse recurriendo a una simbología socio-religiosa y el modelo del discurso hablado impuso rápidamente, aunque no en conjunto, sus esquemas al trazo escrito. Desde muy temprano se llegó entonces a constituir repertorios normativos precisando el dibujo y la significación de cada signo, y se fijaron las tradiciones jurídicas, religiosas o literarias que comenzaron a cesar de evolucionar, como sucedía cuando eran transmitidas de boca en boca. ¿Qué más bellas pruebas se pueden encontrar de la función organizativa y conservadora del escrito, y de las relaciones existentes entre la estructura socio-económica de un pueblo y los diferentes niveles de su ideología?

Otra observación rápida: casi no existe evolución esencial en materia del sistema de escritura sino es por mutación. En efecto, el ideograma admite, por ejemplo en Mesopotamia, el recurso progresivo a procesos que introducen la notación fonética. Pero los nuevos sistemas de escritura aparecen generalmente al mismo tiempo que se constituyen fortunas nuevas en el seno de pueblos establecidos en los márgenes de sociedades más antiguas cuyos

usos gráficos se niegan a aceptar, a veces porque éstos no pueden adaptarse sino difícilmente a su lengua, a veces también porque son llevados a adoptar otros soportes. Así, por ejemplo, se desarrollan en Creta y en Micenas escrituras de tipo silábico, después entre los semitas de Fenicia y de las costas orientales del Mediterráneo alfabetos consonánticos, y en fin, más al oeste, los alfabetos griego y latino.

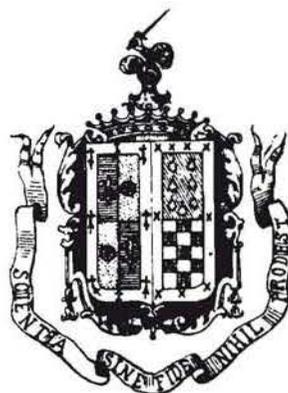
Según el sistema adoptado, la relación entre el discurso hablado y el discurso escrito se sitúa en niveles diferentes. En todos los casos, sin embargo, la visualización del discurso y su fijación tuvieron por resultado hacer del conjunto de los signos así trazados un documento permanente, convertido en objetivo y exterior a su autor. Ambas permitieron desarrollar entonces, al menos en Occidente, un largo esfuerzo destinado a crear, a través de una organización más rigurosa de la lengua y de la exactitud de los términos, nuevas formas de lógica y razonamiento.

Ninguna otra solución, si se quiere medir las etapas de esta larga búsqueda, que examinar en su materialidad los libros de antaño. Todos saben que, entre los griegos y los latinos, éstos tomaban la forma de un rollo que el lector desenrollaba para descifrar las columnas de texto que se sucedían ante él como las imágenes de una película fija, lo que hacía difícil, si no imposible, toda comunicación puntual o cualquier otra forma de verificación. Hechos de hojas de papiro que el tiempo ha destruido —mientras ha perdonado las tabletas de arcilla, mucho más antiguas— casi todos estos volúmenes han desaparecido. Los raros fragmentos llegados hasta nosotros revelan sin embargo que su presentación era bastante diferente de aquella a la que estamos acostumbrados hoy en día. En efecto, hasta el siglo II las palabras de los escritos latinos iban separadas por puntos; pero, posteriormente, se sucedieron en escritura continua. Además, si ciertas formas de puntuación y de hacer párrafos eran practicadas por los latinos y sobre todo por los griegos, las páginas de sus manuscritos parecen haberse presentado la mayor parte de las veces como blocks compactos.

En los tiempos de la lectura en voz alta

Los antiguos que sabían escribir de manera tan cursiva —pensemos en los graffiti de Pompeya— parece que nunca dispusieron de los sistemas de presentación que nos ayudan a entrar rápidamente en contacto con un escrito. Evidentemente, sus obras literarias eran más fácilmente legibles de lo que se podría imaginar por un letrado que conociera bien su lengua y acostumbrado a tales formas de compaginar —la escritura era normalmente de gran módulo, cada línea comprendía sólo un número reducido de signos. Además, era posible analizar el texto dejándose guiar por el juego de la flexión nominal, las rupturas de construcción, el *cursus* rítmico impuesto a la frase y el orden de las palabras, así como por ciertas vocalizaciones que de hecho aseguran la doble función de puntuación y de significación. Se concibe fácilmente, sin embargo,

La visualización del discurso y su fijación permitieron desarrollar nuevas formas de lógica y razonamiento.



La lectura silenciosa era percibida por los antiguos como un fenómeno excepcional e incluso anormal.

que los letrados y los personajes importantes dispusieran junto a ellos de lectores encargados de leerles las obras que querían conocer. Asimismo, se comprende mejor la razón de ser de las *recitationes publicae* en el curso de las cuales el autor profesional procedía a la lectura pública de una obra.

Así, los textos antiguos no eran escritos para ser recorridos más o menos cursivamente, sino para ser *oídos*. En estas condiciones no sorprende constatar que griegos y latinos tuvieran la costumbre de descifrar los escritos leyéndolos, si no en voz alta, al menos en lectura murmurante. Desde 1929, Joseph Balogh, reagrupando pasajes de Luciano, Horacio, Ovidio o Suetonio, mostró que la lectura silenciosa era percibida por los antiguos como un fenómeno excepcional e incluso anormal. Pero de todas las citas que dio en apoyo a esta tesis, la más explícita es seguramente la de las confesiones de San Agustín concerniente a San Ambrosio:

Leía con sus ojos recorriendo las páginas de las cuales su espíritu penetraba el sentido; pero su voz y su lengua reposaban. A menudo, cuando me encontraba ahí —pues su puerta nunca estaba prohibida, se entraba sin ser anunciado—, lo veía yo leyendo muy bajo y nunca de otro modo. Posiblemente evitaba una lectura en voz alta por miedo a que algún oyente atento y cautivado no lo obligase, a propósito de algún pasaje oscuro, a meterse en explicaciones, a discutir sobre problemas difíciles y a perder así una parte del tiempo destinado a las obras que se había propuesto examinar; además la necesidad de cuidar su voz que se quebraba fácilmente podía ser también una justa razón para leer muy bajo. Por lo demás, cual fuese su segunda intención, no podía ser sino buena en un hombre tal como él.

Se puede preguntar cómo los antiguos compusieron obras concebidas para ser comunicadas así. Se tienen algunas indicaciones sobre la manera de trabajar de algunos de ellos. Se sabe por ejemplo que el liberto Tirón tomaba en taquigrafía las obras de Cicerón. Sin embargo, el célebre orador declara en el *De Oratore* (I, 33, 149-152) que un discurso preparado es inferior a un discurso meditado, y que éste cede a su vez ante la composición escrita, fruto de un trabajo asiduo. Se sabe, en fin, que los textos de sus discursos tal como nos han llegado difieren notablemente de los alegatos propiamente dichos. Plinio, por su parte, explicaba que él trabajaba tarde en la noche porque tenía necesidad de silencio y oscuridad para poder concentrarse, y que a la mañana siguiente dictaba el pasaje que así había compuesto y tenido cuidado de memorizar. Sin embargo, escribía mucho para él mismo y llevaba tablillas y estilete a la caza para tomar notas, esperando que la presa cayera en las redes puestas cerca de él. Asimismo, Virgilio meditaba en la mañana los versos que enseguida dictaba a su secretario; después los retomaba, los corregía y los seleccionaba en el transcurso de la jornada para guardar sólo un pequeño número de ellos. En fin, Quintiliano condena la composición dictada como un testimonio de

laxismo y pereza. En total, parece que la mayor parte de los escritores latinos se había dedicado a cuatro operaciones sucesivas que evocan con gusto: tomar notas (*notare*); redactar un plan detallado o un primer bosquejo (*formare*); dictar su texto (en la medida en que *dictare* significa realmente dictar); y enseguida releer el conjunto para realizar las correcciones necesarias (*emendare*). Como podría esperarse, parecen entonces reservar una cierta parte a la composición oral, pero preferiríamos saber en qué medida escribían bajo el dictado de su propia voz, e imaginar con gusto que controlaban los efectos de su prosa rimada por una lectura declamada al momento de las últimas correcciones.

Los textos antiguos constituyen evidentemente conjuntos organizados en función de su modo de recepción. Sus autores, inspirados casi todos en el arte del orador y del poeta, utilizaban sistemáticamente las reglas de la retórica para conmover y persuadir a su público. A pesar del famoso adagio *res non verba*, tienden a veces a confundir en cierta medida las ideas de su expresión por el lenguaje. A menudo sus composiciones aparecen al lector moderno como sueltas y desordenadas. Uno de los editores recientes del *Orator* de Cicerón ha podido así calificarla como una obra de marquetaría de textos separados o mal unidos unos a otros. Asimismo, las obras de Séneca o de San Agustín nos parecen como los entrecruzamientos de temas e ideas cuyos desarrollos se interrumpen para ser retomados poco más tarde y donde las digresiones e incidentes abundan. No nos equivocamos sin embargo, no hay negligencia alguna, sino trabajo sabio, cumplido en virtud de reglas precisas. De hecho, tales obras, concebidas para ser leídas en voz alta, sin regresar atrás, columna tras columna al hilo del volumen, sólo contienen repeticiones voluntarias, destinadas a recordar ciertos datos al oyente, y las regresiones y cambios de temas no tienen otro fin que el de distraerlo o reavivar su atención. Incluso un plan de conjunto riguroso y estricto no parece deseable. En fin, los periodos largos y la claridad del estilo ciceroniano nos recuerdan que el orador busca hacerse oír por el conjunto de ciudadanos, mientras que la concisión y el estilo alusivo de Tácito están adaptados a un público más restringido y refinado que ya conoce los hechos históricos evocados.

Hacia el fin del primer siglo había comenzado a utilizarse a veces el *codex*, constituido por cuadernos a la manera de nuestros libros, cuyas hojas, puede que originalmente de papiro, no habrían tardado en ser hechas de pergamino, materia más burda y resistente. Esta verdadera revolución —la más importante de la historia de la lectura— hizo sentir sus efectos con una lentitud extrema. El poeta Marcial, el primero, pondera los méritos de esta nueva manera de presentar los textos, pero ésta parece haberse generalizado sólo gracias a los escritores cristianos, sin duda mucho menos apegados a las formas tradicionales que los letrados paganos y deseosos de referirse sin cesar a pasajes de los textos sagrados. Sin embargo, poco a poco dejaron de ser utilizados los rudimentos de puntuación que habían tendido a desarrollarse, de suerte que, en adelante, la mayor parte de los escritos literarios se presentan como una sucesión continua de letras.

Los textos antiguos constituyen conjuntos organizados en función de su modo de recepción.



La memoria de los textos separados permaneció largo tiempo siendo visual y auditiva a la vez e incluso muscular.

En estas condiciones las técnicas de lectura permanecen iguales. Todo contribuye a mostrar que los letrados de la Alta Edad Media, y en particular los monjes, continuaron practicando la lectura en voz alta por largo tiempo, y que la memoria de los textos sagrados y de sus comentarios permaneció largo tiempo para ellos siendo no visual, sino más bien visual y auditiva a la vez e incluso muscular. De donde las siguientes líneas del padre Leclerc:

A propósito de la lectura se impone una comprobación fundamental: en la Edad Media, como en la Antigüedad, se lee normalmente no como hoy en día, principalmente con los ojos, sino con los labios, pronunciando lo que se ve, hablándolo, y con sus orejas, escuchando las palabras que se pronuncia, oyendo cómo se dice, las *voces paginarum*. Se entrega entonces a una verdadera lectura acústica: *legere* significa al mismo tiempo *audire*... Sin duda, la lectura silenciosa no es desconocida: es entonces designada por expresiones como la de San Benito: *tacite legere* o *legere sivi*... A ciertos enfermos que tenían necesidad de movimiento, los médicos antiguos recomendaban la lectura como un ejercicio físico al mismo título que el paseo, la carrera o el juego de pelota.

La *ruminatio*, la masticación repetida de la palabra divina es evocada a menudo en los escritos de los autores espirituales medievales por la vía de la nutrición espiritual. Al sonido de la palabra, al efecto físico del desciframiento del texto y del mensaje escrito, oponen la meditación silenciosa que sigue y la interiorización que la acompaña. Los monjes que le consagraban varias horas al día sólo leían un corto número de manuscritos al año. Algunos de ellos practicaban además esta forma de lectura lenta que consistía en recopiar los textos para ellos mismos o a la intención de su comunidad. Naturalmente, completaban las obras que así habían reproducido con composiciones personales destinadas ya sea a ellos mismos, ya sea al círculo restringido que les rodeaba. Y como naturalmente descuidaban el firmar con su nombre lo que a veces era un verdadero plagio, dieron nacimiento a una multitud de apócrifos que los eruditos desecharon a partir del Renacimiento, época en que, a consecuencia de la aparición de la imprenta, los imperativos de una naciente publicidad incitaban a los autores y a los artistas a firmar sus obras.

Poco a poco, sin embargo, la presentación de los manuscritos evolucionaba. A medida que el latín dejaba de ser la lengua hablada en la mayor parte de la Europa de entonces, los escribas, que la entendían cada vez más difícilmente, cambiaron sus métodos. En la época carolingia, los pocos puñados de prebostes, abades y clérigos que continuaban estudiando latín realizaron una reforma de la escritura y volvieron más legibles incluso ciertas letras del alfabeto antiguo. Asimismo, por un movimiento iniciado desde hacía largo tiempo en ciertas regiones menos latinizadas, se esforzaron en separar las palabras y en recurrir a signos de puntuación. Así, el nacimiento de ciertas formas de elaboración de los textos



modernos parece haberse desarrollado primero con el fin de volver más accesible la lectura de obras compuestas en una lengua sagrada que comenzaba a olvidarse.

Escritura a mano apoyada, la escritura carolingia corresponde de hecho a una época de regresión de la cultura escrita. Sin duda nunca se escribió tan poco desde la conquista romana como en esta época, y sobre todo en los sombríos años del siglo X en que el imperio construido por Carlomagno se derrumbaba ante los ataques de los árabes y las invasiones de los normandos. Pero he aquí que en el siglo XI, y sobre todo en el XII, los intercambios prosiguen, las ciudades comienzan a renacer. Muy pronto, el escrito es utilizado de nuevo en los actos más comunes de la vida. Al mismo tiempo, la escritura se rompe y se fragmenta en tipos diferentes según la región y según la naturaleza de los textos. En fin, las escrituras cursivas regresan y se personalizan.

A estas nuevas escrituras corresponden nuevas maneras de leer y de razonar. Cuando se desarrollan las universidades, los manuscritos destinados a los maestros y a los estudiantes se cubren de abreviaciones convencionales y se copian en caracteres de pequeño formato. Toda página debe ser, aún más que antes, compacta y llena a riesgo de volver a copiar un pasaje ya escrito con tal de llenar un vacío, y a puntearlo para señalar que es inútil leerlo. Pero, al mismo tiempo, se ve aparecer, a menudo gracias a signos trazados con una tinta de color, las indicaciones que permiten recuperar las articulaciones del razonamiento, e incluso la arquitectura del conjunto.

La organización de la *Summa* de Santo Tomás es particularmente reveladora del trabajo que se hacía entonces. El autor indica al principio de su obra de qué partes se compone ésta, cada parte, cada tratado y cada cuestión que están precedidas de un sumario. Constituyendo la unidad de base de esta argumentación escalonada, cada artículo tiene por otra parte un título que comienza por *utrum*. También inicia con una serie de objeciones de las cuales la primera está precedida por la fórmula *Videtur quod non*, y cada una de las siguientes por *Praetera*. Luego, después de la fórmula *Sed contra*, un argumento contrario, generalmente único, contiene la respuesta a la pregunta. En fin, el cuerpo del artículo, introducido por la expresión *Respondeo dicendum* contiene las refutaciones de cada objeción, precedidas de *Ad primum*, *Ad secundum*, etc.

Semejante sistema suscita evidentemente múltiples observaciones. El armazón en el que el razonamiento se viene a vaciar automáticamente, como en un molde, no puede sino golpear. Nos recuerda en primer lugar que la enseñanza universitaria a partir de la cual se forjó este método es, al menos en principio, esencialmente oral; que en él el ejercicio más noble es la *disputatio*, donde el maestro argumenta durante largas horas, y hasta durante varios días. Gracias a su rigidez, ofrece la ventaja de prohibir, tanto como se pueda, toda desviación de razonamiento dirigido a un público cuyo recurso a la escritura ya ha entrado en ciertas formas de rigor lógico. Constituido en el momento en que también nacía la contabilidad, en parte doble con sus juegos de escritura, el armazón aparece como la letra quebrada de la escritura gótica,

*La escritura carolingia
corresponde a una época de
regresión de la cultura escrita.*

El método escolástico imponía al lector efectuar incesantes regresos para asimilar el pensamiento del maestro.

cuyos elementos parecen equilibrarse conforme a los principios arquitectónicos de la época.

Seguramente Santo Tomás no habría podido componer su obra monumental de una pluma rápida, si no hubiera dispuesto de este armazón. Sin embargo, los textos que redactaba exigían, evidentemente, ser leídos y releídos para ser comprendidos plenamente, y el método escolástico imponía al lector efectuar incesantes regresos para asimilar el pensamiento del maestro; de ahí el cuidado que el autor pone en puntuar su texto a fin de guiar la comprensión y ya no solamente las inflexiones de la voz. Y de ahí también, igualmente, la concentración sobre la misma página del texto más largo posible y la búsqueda de la densidad, que no sólo explica el deseo de economizar el pergamino. Por ello también la utilización sistemática de abreviaciones convencionales que permiten al lector captar de una sola ojeada, como son los ideogramas, una noción determinada. Así se afirma, sobre el desciframiento por sílaba predicada en la Antigüedad, el predominio adquirido por la palabra y por su significado preciso y técnico. Pero este sistema, que posiblemente facilitaba la lectura de los estudiantes ejercitados, sólo estaba concebida para manejar una cantidad relativamente reducida de abstracciones. Correspondía, entonces, a una sociedad en donde cada "micromedio" intelectual poseía su vocabulario y lenguaje propios.

La escritura de las lenguas nacionales

Sin embargo, la actitud de los hombres de la Edad Media ante el escrito, y, más generalmente, su utillaje mental, no puede comprenderse si no se tiene en cuenta su equipaje lingüístico.

Por sorprendente que esto pueda parecer, la conquista romana había impuesto ampliamente el conocimiento del latín a lo largo de Europa. Había hecho olvidar poco a poco, casi totalmente, el uso de ciertas lenguas nacionales, especialmente en la Galia, lo que suponía una penetración mucho más profunda e intercambios infinitamente más activos de lo que se pudiera juzgar a primera vista; la lengua hablada habría sido en las regiones latinizadas —la *Romania*—, constituida en líneas generales por lo que se llama en nuestros días los países latinos —una forma de latín cuya situación lingüística casi no debía diferir de la de las lenguas modernas de difusión mundial que conservan aún hoy, de un continente a otro, lo esencial de su homogeneidad. Poco a poco, sin embargo, y después de las invasiones bárbaras y de la disolución del Imperio, esta unidad se rompió. Hacia fines del siglo VIII las lenguas habladas en las diferentes regiones habían adquirido estructuras fonéticas y morfológicas léxicas lo suficientemente diferenciadas y con coherencia suficiente como para que en adelante pudieran dar lugar a las lenguas romances.

Nunca insistiríamos lo suficiente sobre las dificultades a las cuales se enfrentaron desde entonces los letrados de la Edad Media, obligados a referirse, para la continuación del pensamiento abstracto, a un repertorio y a un sistema lingüístico que poco a poco

se les habían vuelto extraños. Se concibe también que la posibilidad de poner por escrito lenguas nuevas sólo haya podido ser considerada por estos hombres cuando éstas habían adquirido ya nuevas estructuras y una cierta riqueza semántica. Toda esta toma de conciencia era aún más lenta si se trataba de una provincia fuertemente romanizada. Las regiones donde se comenzó a poner por escrito las lenguas vulgares fueron pues aquellas donde los dialectos germánicos habían podido mantenerse o habían sido introducidos por las invasiones que tuvieron lugar a partir del siglo V, como las Islas Británicas o la Germania. Se puede hacer la estimación de que las divergencias que se manifestaron en esta ocasión tuvieron consecuencias bastante duraderas sobre la actitud de las poblaciones europeas, castigando a aquellas que permanecieron más tiempo ligadas a una cultura latina que ya no les era accesible sino por medio de los clérigos. Incluso se puede ver ahí una de las razones profundas del reparto histórico entre un Norte alfabetizado más temprano y conquistado por la Reforma, y un Sur más latinizado, que permanecerá fiel al catolicismo.

No se trata de evocar aquí los inmensos problemas planteados por los orígenes orales de las literaturas vernáculas escritas, pero debemos subrayar que tales problemas son de todos los tiempos en la medida en que se sitúan en el contexto más amplio de las relaciones que existen entre la comunicación oral y la comunicación escrita. En un terreno parecido, no se debe olvidar que los intercambios son constantes y recíprocos: los textos escritos, incluso los más eruditos, no son sino puestas en forma de fuentes orales, y los clérigos ejercen un poder de clasificación y selección —luego de censura implícita; y, recíprocamente, las tradiciones escritas penetran en las tradiciones orales a menudo más profundamente de lo que se imaginaria.

La historia de los inicios de la literatura francesa permite verificar todo ello. Seguramente no es por casualidad que los primeros textos escritos en nuestra lengua que se conocen sean, como la *Vida de San Alexis*, composiciones de carácter erudito, o, como *La canción de Rolando*, relatos que presentan detalles de estilo y "finezas de pluma" que atestiguan que el autor o el adaptador había leído a Virgilio. Sin embargo, la aparición de las nuevas literaturas sobreviene entre los siglos X y XIII, en un momento en el que se desarrolla a lo largo de Europa una sociedad feudal que quiere que se le divierta como a la de Jonia en los tiempos de Homero (J. Rychner). Disponiendo del tiempo libre necesario para que tome forma en su seno una cultura refinada, ésta lanza modas, contribuye el enriquecimiento de las lenguas nuevas e impone, ante la estabilidad de las culturas populares, una rápida evolución de los gustos. Tal es el clima en el que aparece, después de la epopeya, la novela caballeresca. Salida de una convergencia, la de la canción de gesta de la cual toma prestado numerosos procedimientos, con la crónica histórica, pero inspirándose también en la epopeya antigua, nace en la época en que, en la memoria colectiva, la historia substituye definitivamente a la leyenda épica. Tampoco destinada a ser contada ante un auditorio en principio importante, sino a ser leída ante un grupo más restrin-

La novela caballeresca nace en la época en que, en la memoria colectiva, la historia substituye definitivamente a la leyenda épica.



La hora de lo "verosímil" sonó al mismo tiempo que la de una nueva forma de redacción escrita.

gido, esta primera forma de nuestra literatura romance pinta con gusto aventuras maravillosas a menudo ligadas entre ellas por el procedimiento de la búsqueda; incluye varias intrigas amorosas y tiende a explicar la acción por resortes psicológicos. Muy cuidada, su forma excluye el canto. Utiliza de buena gana el verso octosilábico de rimas planas, cuyo empleo marca la disociación entre la música y la expresión racional del pensamiento, y desemboca hacia 1220-1230 en el triunfo de la prosa.

Durante esta misma época, la lengua francesa evoluciona con la más grande rapidez. Mientras que los primeros textos en lengua francesa, y especialmente los poemas épicos, están compuestos por frases cortas de sintaxis simple, los que siguen comprenden, a partir del siglo XIII, sobre todo frases largas que multiplican las precisiones y recurren a proposiciones subordinadas. Rápidamente, mientras la lengua va transformándose de esta manera y a medida que el público comprende cada vez más difícilmente los textos antiguos, los "desrimadores"¹ se ponen a trabajar y empiezan a poner en prosa las antiguas epopeyas y las viejas novelas. Procediendo a este trabajo, oyen "hablar corto" y "hacer breve" recortando las palabras inútiles, los clichés épicos, las llamadas de atención al auditorio, pero también las largas descripciones, para condensar el relato y dar la prioridad a la acción. Multiplicando también las precisiones cronológicas y geográficas se esfuerzan en purgar las historias versificadas de lo que en adelante podría parecer mentira. La hora de lo "verosímil" sonó al mismo tiempo que la de una nueva forma de redacción escrita.

¿Hay que sorprenderse si los manuscritos, por su aspecto material, su organización y su escritura, vienen a confirmar el sentido de esta evolución? Los más antiguos de entre ellos, los que se califican como "manuscritos de juglares", escritos en pergamino bastante fuerte, alinean sus versos en una o dos columnas y son de apariencia bastante modesta. Con razón o sin ella, aparecen como "instrumentos de trabajo". Aquellos que nos retransmiten un poco más tarde, reagrupadas, las canciones de gesta relativas a un mismo personaje (manuscritos cíclicos), contienen todavía más o menos regularmente variantes muy importantes para que cada conjunto fije el estado de un relato, conservando la movilidad de lo oral, tal como había salido de la boca del narrador en un momento dado. Al contrario, las puestas en prosa de un mismo texto, a menudo redactadas y caligrafiadas para grandes feudales y adaptadas con fines de propaganda dinástica o política, parecen traducir la recuperación de una forma de cultura por una categoría social. Pero, al mismo tiempo, desrimadores y copistas se aplican, para la comodidad del lector, a hacer preceder el texto de un largo prólogo explicativo o justificativo, a dividirlo en capítulos precedidos de rúbricas que anuncian o resumen el contenido.

Durante este periodo, en fin, la ortografía no cesa de evolucionar. Aplicándose a utilizar el alfabeto latino para reproducir fonéticamente la pronunciación de las lenguas nuevas y sus variedades dialectales, los escribas reencuentran muy pronto dificultades para seguir la evolución fonética de la lengua, de suerte que vemos revelarse progresivamente una inadaptación

entre las formas fonéticas y su transcripción gráfica. Además, la ortografía sufrió la influencia de los escribanos, de la gente de justicia y sobre todo de los notarios de cancillería, curtidos en la tradición latina, que redactan ahora un número creciente de actas en lengua vernácula. Ante cada palabra, el equivalente latino viene más rápido a la pluma de estos hombres que la transcripción en lengua materna. Nada hay de sorprendente entonces si utilizan abreviaciones latinas para transcribirlas, y sobre todo si introducen, en ciertos términos, letras adventicias inspiradas en sus equivalentes latinos a fin de distinguirlas de sus homónimas, a veces con riesgo de multiplicar las sobrecargas inútiles.

Si se agrega que, durante el mismo periodo, el francés de la *Ile-de-France*² se impone finalmente a través del reino, se comprueba que entonces se constituye una forma de cultura escrita que dispone de alguna manera de su autonomía; así nace un tipo de discurso en lengua vernácula, estrechamente inspirada en el modelo latino en adelante más racionalmente organizado, más matizado, más denso en informaciones orientadas hacia un mismo tema —pero que requiere una mayor atención, una mayor concentración de espíritu, y, en definitiva, una instrucción más profunda que el discurso hablado.

El desarrollo de la lectura silenciosa

Así, del siglo XI al XV el texto escrito realiza progresos decisivos en Occidente. Los notarios han aprendido a redactar la minuta de actas complejas; los grandes mercaderes, a tener una contabilidad complicada, a conferir valor de crédito a los documentos, a mantener una correspondencia activa con comerciantes extranjeros. Desde el siglo XIII, y sobre todo el XIV, la firma personalizada, ignorada en la Antigüedad, comienza a reemplazar al sello en ciertos casos. En adelante el letrado sabe explotar, al término de un muy largo aprendizaje, las facilidades de consulta que el uso del *codex* es susceptible de procurar. Para interrogar a sus pesados tratados, juristas y teólogos disponen de sistemas de marcación y de tablas que les permiten encontrar un término, una noción, un pasaje, y pasan sin dificultad aparente de la lectura de un texto al comentario glosado que lo rodea. Príncipes y aristócratas comienzan a reunir a su lado bibliotecas relativamente importantes y leen novelas, tratados históricos, pero también la traducción de obras clásicas que consultan también con la ayuda de tablas, a veces incluso anotándolas. En el norte de Europa, en fin, clérigos y burgueses alimentan su piedad con la lectura y la meditación de tratados de espiritualidad o de libros de horas.

¿Cómo sorprenderse si la lectura moderna, muda y rápida, aparece durante este periodo? Como lo ha mostrado Paul Saenger en un artículo que hará época,³ las nuevas relaciones con el libro resultan de lentos progresos acumulados al correr de los siglos. Largo tiempo, en efecto, la regla del silencio monástico se había adaptado a ciertas formas de lectura hablada y de composición dictada. Pero se percibe muy pronto sin duda que tales técnicas

Desde el siglo XIII, la firma personalizada comienza a reemplazar al sello en ciertos casos.



El culto mismo que profesaban a la lengua latina incitaba a los humanistas a evitar su renovación por iniciativas sacrílegas a sus ojos.



sólo obstaculizaban el trabajo de los copistas encargados de transcribir un texto desde el momento en que éstos se esforzaban en analizar cada frase, en separar de ellas las palabras y en puntuar el conjunto a fin de obtener una presentación más clara. Del mismo modo, la reflexión a partir de un razonamiento teológico podía sufrir un poco de lo que la lectura murmurante tenía de entretenida para la atención. De la disputa, se pasó entonces al tratado, concebido menos para ser leído de corrido que para ser consultado.

Largo tiempo, sin embargo, el mundo del escrito parece permanecer como fragmentado en grupos de los cuales cada uno posee su estilo gráfico, su vocabulario, sus abreviaciones y, hasta cierto punto, su sistema de pensamiento. Aunque se puede preguntar aquí si, de un grupo de especialistas a otro, la "comunicación" escrita no estaba aún menos asegurada que en nuestros días. ¿En qué medida un teólogo, un jurista, un médico poseían un mismo vocabulario y comprendían sus textos respectivos? ¿En qué medida aún el público aristocrático accedía a la cultura latina no sólo por vía de la traducción? ¿Cuáles eran, en fin, las dificultades sufridas por los universitarios ante un discurso de Cicerón o incluso ante una obra de San Agustín?

La reacción partió, como se sabe, de las ciudades comerciales, donde el escrito comenzaba a ser utilizado con fines mercantiles y hasta en las actas más comunes de la vida cotidiana. Fueron naturalmente los escribas y notarios de cancillería quienes de Florencia llevaron la parte esencial. Encargados de redactar las actas públicas, de escribir cartas misivas en las cuales cada término debía ser sopesado cuidadosamente para no prestarse a ambigüedad alguna sino calculada cuidadosamente, no podían sino sentirse encerrados en las reglas de la redacción tradicional. Viviendo en sociedades donde, como en el mundo romano, el escrito era instrumento de poder utilizado constantemente pero en el que la elocuencia guardaba todo su prestigio, encontraron en primer lugar en la obra de Cicerón el repertorio que necesitaban. Soñaron imitar sus discursos pero se inspiraron más aún en sus cartas.

Cualquiera que fuese su familiaridad con las letras clásicas, el latín no era sin embargo para nada su lengua materna. Siguiendo a los letrados carolingios, dirigieron todos sus esfuerzos a escribirlo más claramente a fin de comprenderlo enseguida más fácilmente. Perfeccionaron entonces la escritura carolina a fin de volverla aún más legible, y sobre todo, se aplicaron en poner a punto sistemas coherentes de puntuación —preparando de este modo, también ellos, otra manera de considerar los textos: por ejemplo con Gasparino Barzizza, profesor de retórica que desempeñó un papel importante en la adopción del paréntesis, signo de puntuación destinado a ayudar a la comprensión tanto como a la declamación.

Pero el culto mismo que profesaban a la bella lengua latina incitaba a los humanistas a evitar su renovación por iniciativas sacrílegas a sus ojos. La trataron entonces como a una lengua muerta, y probaron como de rechazo el deseo de hacer de las lenguas vernáculas que alcanzaban la madurez, útiles literarios susceptibles de rivalizar con el griego y el latín, pero más accesibles

y que pudieran evolucionar naturalmente. Estos esfuerzos serán cada vez mayores a fin de facilitar la legibilidad.

La aparición de la imprenta parece ser la consecuencia, mucho más que la causa de un cambio de actitud en los lectores.

Imprenta y puesta en páginas

La aparición de la imprenta parece ser la consecuencia, mucho más que la causa de un cambio de actitud en los lectores. O más simplemente, la puesta a punto de una técnica destinada a permitir a ciertos países, y primero a Alemania, en reciente expansión, operar una recuperación en materia de capitalización y de uso cotidiano del escrito.

Ahora bien, esta nueva técnica debía conducir, por el dinamismo que le era propio, hacia formas de puesta en texto más sistemáticamente normalizadas. Muy pronto los letrados humanistas en particular, cuidadosos de difundir fuera de Italia los textos y las formas de redacción que defendían, encontraron aliados, y a menudo émulos, entre los tipógrafos. Fue de este modo como dos miembros del Colegio de la Sorbona, Jean Heynlein y Guillaume Fichet, instalaron en un local dependiente de esta venerable institución la prensa de tres compañeros originarios de Alsacia del Sur y de la Suiza alemana. Gracias a ella multiplicaron los tratados de retórica, las colecciones de modelos epistolarios, y, por supuesto, las ediciones de clásicos latinos. A veces agregan a los volúmenes así compuestos tratados de ortografía y de puntuación, y se complacen en subrayar en sus prefacios los esfuerzos que han hecho para presentar las obras correctamente, introduciendo en ellas nuevos signos diacríticos o divisiones en capítulos, por ejemplo en el *De Officiis* de Cicerón. Pues proclaman que "estas divisiones del texto arrojan gran claridad y ayudan a la memoria hasta el punto de volver la lectura fácil incluso a los niños".

En adelante, el nacimiento de lo que puede llamarse sin exageración el discurso moderno se encuentra ligado a la actividad de los grabadores de punzón, cuya iniciativa se refleja en la multiplicación de las matrices y de las fundiciones producidas a partir del grabado realizado con el extremo de un punzón de acero. El primer efecto de la intervención de estos hombres fue suprimir las ligaduras entre las letras y resolver las abreviaturas a fin de simplificar la organización de la caja y tender hacia una normalización de ella. Al mismo tiempo, alrededor de ciertos talleres se crearon verdaderos equipos que reagrupaban en un esfuerzo común a obreros y artistas, que trabajaban mano a mano con los letrados. Con Robert Estienne, por ejemplo, se codean Geoffroy Tory, teórico de la letra allegado a la cancillería de Francia, Guillaume Budé, el humanista ligado al mismo medio pero gran personaje, o aun Clément Marot, el protegido de Margarita de Angoulême. Pronto salen de las manos de Simon de Colines, de Augereau y sobre todo del célebre Garamond, los primeros alfabetos franceses verdaderamente modernos que marcan progresos decisivos en materia de acentuación (acento tónico y diacrítico), de traducción de diptongos y de codificación de la puntuación. Paralelamente, las tentativas de reforma de la ortografía se suceden sin tregua a lo largo del siglo XVI, pero

Cada tentativa innovadora en materia de ortografía se enfrenta a los hábitos.

tropiezan con vivas resistencias cuando son muy radicales. Los reformadores que elaboran nuevos alfabetos más o menos fonéticos sólo consiguen un éxito de prestigio, y Ronsard mismo no es más feliz cuando propone suprimir masivamente las letras que le parecen inútiles. De modo que muchos de los problemas evocados hace cuatro siglos siguen siendo en nuestros días de una actualidad renovada, ya que la lógica de las máquinas modernas, mucho más apremiante que la de la prensa de Gutenberg y la de los hombres que la servían, sugiere, a su vez, simplificaciones y modificaciones que corren el riesgo de ser más radicales aún.

Sin embargo, las necesidades de la producción en serie imponían ya formas de estandarización y de presentación que repercutían profundamente en los mecanismos intelectuales. Es ante todo para facilitar el trabajo de los encuadernadores que se toma la costumbre de marcar al pie de las páginas de los diferentes cuadernos, reclamos y signaturas. Luego vino poco a poco la costumbre de foliar, luego de paginar los volúmenes, pero los numerosos errores que se destacan en estos terrenos muestran bien cuántas resistencias encontraba entonces el espíritu de estandarización. En fin, la página del título, casi desconocida en tiempos del manuscrito, nació posiblemente de la necesidad de arreglar los ejemplares no encuadernados en las tiendas, y tomó rápidamente su forma definitiva para acabar respondiendo a exigencias comerciales mucho más que intelectuales. Así se constituye lo que Lucien Febvre bautizó como estado civil del libro, y que al principio era sólo una etiqueta publicitaria.

Todo esto merece reflexión. Hay un gusto por hacer hincapié en que toda tentativa innovadora en materia de ortografía se enfrenta a los hábitos. No hay duda de que en el siglo XVI, como en otras épocas, los lectores mostraban un instinto conservador y experimentaban repulsión ante las innovaciones que corrían el riesgo de perturbar lo adquirido por su memoria visual. No hay duda tampoco de que los cajistas que deseaban proponer reglas deseaban al mismo tiempo que éstas no fuesen muy apremiantes. Su actitud contribuye a explicar por qué nuestra ortografía acabó de fijarse, y al mismo tiempo de cuajar, tan tardíamente. Convenimos en que no siempre estuvieron equivocados: muchas letras adventicias, denunciadas a menudo, permiten distinguir de una ojeada, por ejemplo muchos homónimos, o incluso diferenciar funciones. Al seguir con prudencia las proposiciones de los reformadores, evitaron sin duda muchas confusiones.

La evolución de la presentación de los textos, tributaria como es de los gestos y de los hábitos de los lectores, aparece entonces, cuando se reflexiona en ella, singularmente lenta. Parece que las obras de la Antigüedad no se dividieron en capítulos sino poco a poco, a lo largo de la Edad Media y del Renacimiento. La Biblia misma, con la cual se experimentaba constantemente la necesidad de una referencia precisa, sólo fue dividida de este modo en el siglo XI, y el sistema de los versículos no parece haber sido puesto a punto sino en el Renacimiento, gracias a Robert Estienne. En efecto, los impresores de esta época multiplicaron los esfuerzos para repartir el contenido de la página impresa de las obras



eruditas en secciones visualizadas, recuperables por la referencia a cifras o a letras. En efecto, crearon a veces páginas de título de una elegancia y una sobriedad ejemplares, pero aquí se trata de excepciones. En el título de la mayor parte de los libros del siglo XVI o XVII, los elementos que en nuestros días parecerían tener que resaltar a la primera ojeada, como el nombre del autor, permanecen perdidos en discursos llenos de superlativos o se encuadran en alegorías grabadas, evocadoras del tema de la obra, cuyo desciframiento requiere una atención sostenida. Asimismo, el redactado del título propiamente dicho o el de los capítulos no se vuelve "atractivo" sino muy tardíamente. Sobre todo, cada capítulo constituye un paquete compacto a lo largo de varias páginas, sin sangrías o puntos y aparte. Ninguna interrupción permite, por ejemplo, reposar la atención a lo largo de decenas de páginas de los *Essais* de Montaigne. Del mismo modo, las traducciones de los clásicos por Amyot se ofrecen al lector casi sin puntos y aparte, y esta forma de poner las páginas se encuentra aún en las novelas de Mlle. de Scudéri. Habrá que esperar al inicio del siglo XVII para que la *Imitation de Jésus-Christ* ofrezca una división en párrafos, casi frase por frase, a aquel que la medite, y el *Discours de la méthode* no parece admitir sino con reticencia una forma de paginación más aireada. En fin, los libros de divulgación, tan mal impresos, continuaron siendo presentados "a la antigua" durante largo tiempo, de suerte que el lector moderno debe renunciar rápidamente a efectuar una lectura un poco rápida de ellos. Escudriñando los libros viejos, se comprende mejor por qué los maestros persistieron largo tiempo en la enseñanza a los niños de seguir con el dedo el texto que descifraban, a fin de no encontrarse de pronto perdidos.

Estas formas de poner las páginas implican seguramente maneras de leer, pero también de poner en orden sus ideas, muy diferentes de las nuestras. De hecho, el discurso escrito no se diferenciaba de la expresión oral sino con una extrema lentitud. No olvidemos, por ejemplo, que la poesía permaneció muy largo tiempo destinada a ser declamada en un salón, más que leída en un libro, y que la mayor parte de los poetas continuaron difundiendo sus obras bajo la forma de copias manuscritas, antes de confiarlas a la prensa. No olvidemos tampoco que el teatro y el sermón ocuparon un lugar esencial en la literatura clásica en un tiempo en que el discurso público conservaba todo su prestigio. Que no nos asombre entonces si los doctos disertaron tan largo tiempo sobre los méritos comparados de Cicerón y Tácito. Pasado el Renacimiento, la mayor parte de los autores se niegan aún a preparar para la impresión las obras que entregan a la prensa. Subalterna a sus ojos, esta tarea queda reservada a los cajistas, o, en el mejor de los casos, al corrector de la oficina. No es entonces por azar que la mayor parte de nuestros grandes escritores hayan descuidado la preservación de sus manuscritos. Estamos seguros de que muy a menudo éstos no tenían sino un número reducido de correcciones, salvo aquellos de autores como Malherbe, Guez de Balzac o Boileau. En el siglo XVIII se comenzó sin duda a trabajar de otra manera, pero hay que esperar al XIX para que hombres de pluma

La poesía permaneció muy largo tiempo destinada a ser declamada en un salón.



En toda sociedad los progresos del texto escrito deben permanecer ligados a la intensificación de las comunicaciones y a la expansión de los intercambios.

como Honoré de Balzac, y más tarde aún, Marcel Proust, revisen enteramente su texto después de haberlo recibido, gracias a la impresión, con una visión nueva, y retoquen la puesta en páginas con riesgo de complicar la tarea de los cajistas de una manera que ya no sería aceptada en nuestros días, en que el uso de la máquina de escribir plantea además el problema en otros términos.

Escritura y sociedad en el Antiguo Régimen

Parece muy evidente que en toda sociedad los progresos del texto escrito deban permanecer ligados a la intensificación de las comunicaciones y a la expansión de los intercambios; pero al mismo tiempo la constitución de discursos escritos cada vez más complejos, y de alguna manera autónomos, tuvo como consecuencia la división de la sociedad en categorías diferenciadas según su nivel cultural, acentuándose entonces las divergencias sociales.

Limitémonos a evocar aquí el caso de la Francia del Antiguo Régimen. La mayor parte de los miembros de la nobleza de toga y de la burguesía de oficio poseían aquí bibliotecas relativamente importantes y bien estructuradas. Herederos por sus funciones y su posición social, humanistas que han sido tratados más arriba parecen haber pasado a menudo entre sus libros, pluma en mano, bastantes horas de soledad. Los montones de notas copiadas con una escritura tranquila por aquellos cuyos papeles han llegado hasta nosotros, muestran bien lo que podían ser los métodos de trabajo intelectual en un tiempo en el que le era posible, a un notable que lo deseara, hacer un retiro y amontonar él mismo, o con la ayuda de un secretario que trabajaba cotidianamente a su lado, una documentación tanto mejor dominada ya que provenía de ordinario de fuentes conocidas y largamente meditadas. Era un esfuerzo de reflexión personal que no tiene nada que ver con nuestros actuales métodos de trabajo, cuando las incitaciones de la vida moderna y la multitud de intercambios llevan a los intelectuales a bosquejar tantas hipótesis brillantes, con riesgo de dejar para otros el cuidado de verificarlas eventualmente.

A despecho de la pesadez de las puestas en páginas que debían volver difíciles ciertas consultas, o en todo caso más lentas que en nuestros días, estos eruditos evidentemente no se contentaban con compulsar gruesos tratados en sus gabinetes. Les gustaba también sacar de sus bolsillos, desde que disponían de algunos instantes de ocio, un texto clásico en una de esas ediciones portátiles puestas de moda por Aldé o por los Elzevier. Y su pasión por tales lecturas era tan grande que a veces se entregaban a ellas incluso durante las largas etapas que debían hacer al paso de su caballo durante sus frecuentes viajes.

Así, el dominio total de una cultura compleja se explica sólo por la formación "larga" dispensada en un colegio, y fundada sobre el análisis del vocabulario, de los modelos de construcción y de los procedimientos de los grandes escritores de la Antigüedad Clásica. Semejante formación, que comprendía un atento estudio de la retórica, hacía de estos hombres los amos del discurso. Gustaban,

desde luego, de recordarlo en sus harengas o en sus alegatos, multiplicando por ejemplo las citas y las alusiones a episodios célebres de la mitología o de la historia antiguas. No eran tratados de pedantes sino al momento en que su manera de pensar, luego de expresarse, comenzaba a pasar de moda. Rebelais se burlaba así de los doctores de la Sorbona, y Molière de los pedantes. Más aún que oradores, sin embargo, los letrados así formados fueron epistológrafos, y se aplicaron a mantener con el exterior los estímulos indispensables para sus reflexiones.

En el otro extremo de la cadena de los lectores encontramos a aquellos que al principio no habían frecuentado sino pequeñas escuelas. Los maestros continuaron utilizando largo tiempo los métodos de los pedagogos antiguos; esto es, a hacer reconocer las letras una a una durante semanas e incluso meses, después las sílabas, enseguida las palabras y por último las frases. Sobre todo, la mayoría hasta la Revolución, acordaron dar prioridad a la lectura del latín, que permitía a los niños conocer sus oraciones y, eventualmente, hacer el servicio de coro. Fueron numerosos los niños que debieron aprender solos a descifrar el francés, tal como el pequeño Restif de la Bretonne, hijo de un "notario" de campo poseedor de algunos libros de espiritualidad y libritos de buhonería en los que se inició un día encaramado en un árbol, con la ayuda de un volumen tomado de la biblioteca paterna.

Los maestros justificaban estas prácticas arguyendo que la lectura del latín era más fácil puesto que todas las letras se pronunciaban, y sin embargo los pequeños campesinos se habrían encontrado menos confundidos ante un texto francés, aunque sólo conocieran el dialectal de su pueblo, y el aprendizaje de la lengua nacional habría sido al menos para ellos de cierta utilidad práctica. Además, los escolares sólo aprendían a escribir cuando sabían leer, es decir, en un grado al cual tan sólo un número reducido de ellos llegaba normalmente. De esta manera la instrucción dispensada entonces reside solamente en el aprendizaje de una serie de mecanismos que excluyen el desarrollo de las capacidades de comprensión. Asimismo, en fin, la educación de las niñas de la "buena" sociedad, destinada a hacer de éstas dignas madres cristianas de familia, no rebasaba en general la lectura comentada de algunos "buenos" libros, y la enseñanza de lo que se necesitaba de escritura para llevar sus cuentas y redactar cartas simples según modelos estereotipados.

Una instrucción de este tipo no contribuía sino mediocrementemente a ensanchar los espíritus. Sin duda alguna, los franceses del Antiguo Régimen debieron su apertura, más aún que los de ahora, al mundo exterior, y sus capitalizaciones intelectuales a otras vías que a la escuela. Pensemos en las veladas y en los sermones para los aldeanos, en las conversaciones de talleres, en las reuniones de cofradías y corporaciones y en las fiestas para los especialistas, en los viajes y en los enlaces para el despertar de los comerciantes, en las representaciones teatrales y en las conversaciones de salón para las mujeres de los medios acomodados —lo que nos incita a reacomodar en su contexto real el fenómeno del movimiento afectado, con lo que implicaba de educación del lenguaje.

Fueron numerosos los niños que debieron aprender solos a descifrar el francés.



No habría que subestimar la función desempeñada por la imagen en la historia de la apertura de la sociedad occidental.

Por otra parte, no habría que subestimar la función desempeñada por la imagen en la historia de la apertura de la sociedad occidental. El grabado en madera, después la de talla suave, aparecen poco antes que la imprenta; la fotografía inicia su desarrollo en la era industrial al mismo tiempo que el periódico, y las técnicas audiovisuales, de las que se dice tanto que son las hermanas mayores de la computadora. Quedan muchos bellos libros por escribir, por ejemplo sobre las funciones realizadas por la estampa entre los siglos XV y XIX en materia de difusión de las obras de arte y de los conocimientos científicos (pensemos por ejemplo en las cartas geográficas y en los atlas), pero también de difusión de la información general, de la propaganda política y sobre todo de la publicidad. Bastante lejos de ser la rival del escrito, la imagen aparece entonces como su precursora.

Parece entonces natural que en el seno de medios equivalentes, el uso del escrito y la práctica de la lectura se hayan desarrollado más en las grandes ciudades que en las aldeas, en función de un fenómeno del cual todas las encuestas contemporáneas atestiguan la permanencia —tanto es así que la atracción por la información libresca está ligada al estímulo de la información y a las cuestiones que puede suscitar el contacto entre miembros de categorías sociales diferentes. Y es significativo, en este sentido, observar que los domésticos, por ejemplo, figuran entre las gentes del pueblo que, al menos en el siglo XVIII, utilizan el escrito de la manera más común. Sin embargo, los niveles de comprensión ante los textos, evidentemente, son aún más diversificados que en nuestros días, donde una buena parte de la población no accede todavía a la lectura sino a través de las tiras cómicas, de revistas o de periódicos, concebidos con sus gruesos títulos y su estamperia llamativa para ser accesibles hasta a los analfabetos. En lo bajo de la escala estaban antiguamente aquellos que sabían descifrar un texto simple y concreto todavía menos bien que los más desfavorecidos de nuestros conciudadanos. Leer una esquila, comprender el significado de un cartel o el contenido de una disposición impresa, firmar su nombre mal que bien y afirmar así su identidad, inscribir algunas cifras sobre un papel, constituían seguramente un esfuerzo pesado, teniendo en cuenta la instrucción que habían recibido. De hecho, salvo raras excepciones, aquellos cuyo ejercicio de su profesión les llevaba a leer y a manejar la pluma podían ir más lejos solos. Se trata, pues, de estos “gallos” que en los pueblos escribían y contaban con gusto para sus compatriotas, y que sobre todo estaban encargados de hacer valer los derechos de los grandes propietarios laicos y eclesiásticos. Lo mismo hacen, en los burgos y las ciudades, los maestros de los oficios, algunos de sus compañeros y sobre todo sus esposas, que participaban en un comercio. Es sin duda a tales personajes, ya pequeños notables, que son destinados los innumerables libros de espiritualidad simple que multiplican las prensas menores. Son ellos, ante todo, quienes leen también los documentos impresos por orden de los poderes y las múltiples piezas episódicas que dan noticias sensacionales, reales o imaginarias que suministran los vendedores ambulantes de las ciudades. Es también a su intención que son publicados los libritos

que constituyen lo que se ha convenido en llamar la Biblioteca azul —que contaba, dicho sea de paso, más de abecedarios, de catecismos, de libros de urbanidad, de manuales de conversación o de modelos epistolares que de novelas de caballería. Estaba ahí, sin equívoco posible, la biblioteca completa de los que habían seguido durante varios años el curso completo de las pequeñas escuelas.

Faltaría saber cómo se leían estos libros. Se tiene muy poca información sobre ello, aunque suficiente, sin embargo, para dejar volar la imaginación. Desde mediados del siglo XVII, documentos indiscutibles muestran que, en Grenoble, las esposas de los magistrados y de los miembros de la burguesía de oficio leían, con una increíble celeridad, las novelas nuevas que alquilaban por una semana cuando no podían comprarlas. La concepción de estos gruesos volúmenes, hechos de series de conversaciones más o menos galantes parecidas a aquellas que estas damas se esforzaban por tener en sus salones, explican que hayan podido hacer una lectura cursiva de ellos, sin duda sumergiéndose durante horas en un texto sin puntos y aparte; de donde se deriva, muy probablemente, una mayor concentración y una más compleja evasión.

Franqueamos ahora dos siglos. Un reporte dirigido al abad Gregorio, quien realizaba una encuesta sobre las prácticas lingüísticas de las provincias de Francia a la intención de la Convención, nos enseña que los lugareños de Guyena amaban la lectura y releían veinte veces el *Almanach des Dieux* y los "cuentos" que los vendedores ambulantes acarreaban cada año en sus campos. Cuando la conversación trataba sobre estos libritos, recitaban su texto a veces palabra por palabra. Y cuando habían logrado procurarse una obra de este tipo en un día de fiesta, preferían leerlo en su casa antes que ir al cabaret. La lectura parece ser entonces, para estos hombres, un desciframiento penoso y una relectura continua de un texto conocido y apreciado, entrecortado, llegado el caso, por momentos de reflexión y meditación. Incluso allí, los defectos de impresión y de la puesta por escrito tal vez favorezcan la evasión. Quisiéramos imaginar todavía los ecos que tal lectura o meditación podían despertar en el cerebro de lectores que, por tantos aspectos, eran gente de cultura oral. ¿Reconstruían, a veces en la víspera de la Revolución, con la ayuda de frases retenidas fuera de su contexto, el universo y la sociedad a la manera de ese molinero del Frioul que había edificado así a fines del siglo XVI su propia religión, para el más grande espanto de la Inquisición?⁴ Un proceso parecido explicaría por qué los campesinos franceses, que aparentemente habían permanecido largo tiempo tan dóciles, y que sólo accedían a lecturas tan convencionales, se revelaron tan rápidamente como adictos a las nuevas ideas en ciertas regiones.

Como quiera que haya sido, el acceso a una verdadera cultura libresca queda en toda civilización, comprendida la de hoy, reservada a una élite relativamente reducida por el aprendizaje y el esfuerzo que requiere. Pero la élite, formada así a métodos de pensamiento, se ve llevada a transmitir la lección recibida al resto de la población, recurriendo para ello a otros canales. De ahí, por ejemplo, el desarrollo del periódico a lo largo del siglo XIX: la

El acceso a una verdadera cultura libresca queda en toda civilización reservada a una élite relativamente reducida por el aprendizaje y el esfuerzo que requiere.



El libro ha seguido y a la vez precedido la evolución de las formas de pensamiento que concretaba.

jerarquización de los títulos sugiere la importancia de reservar cada noticia, y permite hacer "pasar" con menor esfuerzo lo esencial de cada una de ellas. Se podrían hacer observaciones análogas relativas a las técnicas audiovisuales, pero esto puede no ser asunto del tema en cuestión.

La sacralización del objeto libresco

Instrumento de transmisión de un mensaje, poseyendo el temible privilegio de estar fijado en el espacio, el libro ha seguido y a la vez precedido la evolución de las formas de pensamiento que concretaba. No ha cesado de evolucionar y su metamorfosis ciertamente no ha terminado hoy día.

Pero el libro es también objeto. Completamente diferente a un soporte de alguna forma pasivo, fuera de la significación de su texto, posee su lenguaje personal. He aquí, por ejemplo, una edición aldina⁵ de Virgilio; de pequeño formato, impresa con una itálica elegante y cerrada, parece no tener otro objeto que el de servir una obra poniéndola bajo una forma cómoda a la disposición de los letrados. Abramos a su lado la edición *in folio* de la misma obra tal como fue producida por la Imprenta del Rey poco más de un siglo más tarde (1640). Solemne y cuidada, la impresión no da el sentimiento de haber sido concebida para la lectura. La encuadernación de tafilete rojo con las armas de un gran personaje nos viene a recordar que éste es poderoso y protector de las letras, y el título grabado por Mellan según un dibujo de Poussin tiene por objeto glorificar al Virgilio que Apolo corona. Coloquemos cerca de este volumen al Virgilio editado por Didot en 1799 y proclamada entonces obra maestra del espíritu humano. Sus caracteres rígidos se alinean sobre un papel vitela de una blancura resplandeciente, un poco a la manera de los soldados del Imperio naciente al momento de una revista, y evocan una inscripción antigua destinada a pasar a la posteridad. Tal realización seguramente pretende magnificar a un autor célebre entre todos, pero la encuadernación de tafilete con las armas de un mariscal del Imperio recientemente ascendido viene a subrayarnos que éste ha esperado apropiarse una forma de cultura. Después hojeamos de nuevo el Virgilio ilustrado hace algunos decenios por Dunoyer de Segonzac. Se trata de una publicación de tirada limitada cuyos grabados en cobre han sido rayados a fin de que ya no sirvan. Normalmente, los ejemplares no han sido encuadernados. Han permanecido "en hojas", a fin de poder ser vistos más fácilmente. Pero no están destinados, sin embargo, a permitir al novicio ponerse en contacto alegremente con poemas ilustres. Son un juego para el aficionado afortunado y letrado al cual proponen comparar la visión que ya tiene de estos versos con la que le propone el artista. Su uso no tiene entonces gran cosa que ver con el reservado a los pequeños "clásicos Vaubourdolle" de nuestra juventud.

Sería demasiado fácil hablar aquí de snobismo, de juego o de ejercicio de estilo. La realidad es más compleja. Accesible a una élite, la cultura libresca fue, se ha visto, instrumento de poder. En



todo tiempo, la posesión de una biblioteca ha sido afirmación de la posesión de una cultura, simbolizada en el Antiguo Régimen por los armarios colmados de volúmenes. Al menos esta visión insufla a los autores, tanto como a quienes estaban encargados de visualizar su pensamiento, el deseo de realizar una obra perfecta; algo que sin duda alguna favoreció la claridad y la riqueza de expresión. Así sacralizado, el libro se convirtió en el modelo de la cultura occidental.

¿Siempre ha sido exactamente así? La avalancha de papeles que nos encontramos cada día en nuestro buzón puede aparecer como una degradación del escrito. Corriendo detrás de los medios masivos de comunicación, el libro, en el pleno sentido del término, corre el riesgo de ver reducidas sus funciones creativas, y la redacción apresurada de tantos reportes y memorias, que al menos hay que recorrer, muestra bien que sus autores no se preocupan por destacar lo esencial y por construir una obra acabada. En revancha, el rigor es cada vez más necesario a aquellos que se esfuerzan en insuflar una lógica a nuestras máquinas de comunicar, y de racionalizar, a través de éstas, la organización de nuestro trabajo y pronto de nuestro pensamiento, cuando nuestra sociedad prefiere reencontrar sus sentimientos y sus sensaciones a través de otros medios. Se puede entonces preguntar si los grandes autores de ayer seguirían siendo escritores si regresaran a este mundo. Apostamos que Víctor Hugo sería realizador de cine o de televisión, Aristóteles, físico... o más bien especialista en informática, especializado por ejemplo en la traducción automática o en el auxilio al texto, y que Descartes, politécnico brillante, haría carrera en la fabricación de cohetes. Posiblemente uno u otro, tentado por el demonio literario, se arriesgaría un día a publicar una de las llamadas obras de reflexión que no son sino volúmenes de circunstancia que erigen a su autor en pensador en el momento de una elección en la Academia o en otra parte. Venerado todavía y siempre respetado, al menos en palabras, el libro ya no ejerce el poder que le era propio. Ya no es más el maestro de la organización de nuestros razonamientos y de la expresión de nuestros sentimientos. Pero esto es otra historia que no puede escribirse aún, por falta de perspectiva.

Así sacralizado, el libro se convirtió en el modelo de la cultura occidental.

Notas

¹ En francés "dérimeurs", del verbo *dérimer*, desrimar, poner en prosa libros en verso. (N. del T.).

² Región histórica del centro de la cuenca parisina de límites imprecisos, designada así en el siglo XIV. En esta zona se encuentran los departamentos de Essone, Hauts-de-Seine, París, Seine-et-Marne, Seine-Saint-Denis, Val-de-Marne, Val d'Oise, Yvelines. (N. del T.).

³ Posiblemente el autor se refiere al artículo "Après le livre?" ["¿Después del libro?"], traducción del inglés al francés publicada en el mismo número de la revista de donde tomamos el trabajo de H.-J. Martin en cuestión. (N. del T.).

⁴ Se trata de Menocchio, personaje central del sugerente libro *El queso y los gusanos*, de Carlo Ginzburg. (N. del T.).

⁵ Del impresor italiano Aldo Manuzio o Manuzzi (1449 ó 1450-1515). (N. del T.).